

Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación del territorio y modelos de orden en el Norte de Traslasierra [Córdoba, Argentina]

Fernando Diaz Terreno



Profesor de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Candidato a Doctor en Urbanismo, Universitat Politècnica de Catalunya (UPC), Barcelona, España. Córdoba [Córdoba], Argentina. <cenbarro@interserver.com.ar>.

V Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo. Departamento de Urbanismo y Ordenación del Territorio [Universidad Politécnica de Catalunya]; Instituto de Arte Americano [Universidad de Buenos Aires]; Instituto del Conurbano [Universidad Nacional de General Sarmiento]. Barcelona [España]; Buenos Aires [Argentina], jun., 2013. [Conpadre n.15/2013].

Resumen

Un conjunto de lecturas intencionadas, arrojadas sobre un antiguo paisaje cordobés, develan las lógicas de ocupación desarrolladas a lo largo de siglos de construcción territorial, que resultan de la combinación de pautas culturales de dominio y explotación del espacio, recursos técnicos disponibles y condiciones que el medio natural impone. De dichos procesos emergen modelos de orden territorial que, como síntesis operativa del trabajo humano acumulado en el territorio, reúnen –en su propia conformación material– las claves de futuros criterios de ordenación. A la manera de estructuras constelares, los modelos de orden expresan una forma de organización espacial y un tipo de ruralidad específicos del Norte de Traslasierra. El objetivo es arribar a un conocimiento profundo de este territorio postergado, evidenciar sus recursos culturales y paisajísticos y, a través de ellos, construir una narrativa del territorio que lo resitúe en el mapa de las regiones cordobesas.

Palabras Clave

Territorio, patrimonio, lógicas de ocupación, modelos de orden territorial.

Highland rural constellations. Territory occupation logics and models of order at the North of Traslasierra [Córdoba, Argentina]

Abstract

A set of intentioned readings made on an ancient Córdoba's landscape reveal the occupation logics developed over centuries of territorial construction. These logics result from the combination of cultural ways of domination and exploitation of space, technical resources available and the natural landscape conditions imposed. From these processes, models of territorial order emerge as operational synthesis from the accumulation of human labor in the territory, gathering –in their own material structure– the key for future planning criteria. Just like constellation structures, order models express a form of spatial organization and some type of rurality specific from Northern Traslasierra. The aim is to arrive at a deep understanding of this postponed territory, show its cultural and natural resources and, through those, build a territorial narrative that places them back on the map of Córdoba's regions.

Keywords

Territory, heritage, occupation logics, models of territorial order.

1. Recorridos liminares de la investigación

Desde hace unas décadas, y en diversos ámbitos, ha cobrado un renovado impulso la *mirada paisajista*. En ella, la idea de paisaje aparece como salvoconducto para repensar las relaciones entre los artefactos humanos y la naturaleza, entendiendo que dichas relaciones son intrínsecas a procesos extensos en el tiempo y no siempre legibles a través de la experiencia directa. De allí que la trama de los procesos involucrados en la construcción de un territorio exija un esfuerzo interpretativo para decodificar las lógicas que lo fueron construyendo y los modelos de orden resultantes de aquellos procesos.

Lo antedicho converge con los esfuerzos realizados en materia de planificación territorial para enriquecer enfoques y prácticas, al incorporar planteos ligados a las disciplinas que estudian la naturaleza, el paisaje, la cultura y las identidades locales. Esto conduce, por su parte, a una comprensión más amplia del territorio en la que se integran tanto sus atributos particulares como sus necesidades específicas. De ese modo, emergen nuevos criterios de ordenación que cobran especial sentido en ámbitos con una creciente demanda de planificación que no es cubierta por las administraciones municipales, tales como los espacios rurales y los grandes territorios abiertos no protegidos.

Estos temas integran la investigación que se viene desarrollando, en la cual una serie de preocupaciones teóricas y operativas estructuran el abordaje de un territorio singular: el Norte de Traslasierra, en la provincia de Córdoba (Argentina). Se trata de un amplio territorio de más de 12 mil kilómetros cuadrados, situado en el extremo occidental de la provincia Córdoba, a 150 kilómetros al oeste de la capital provincial (Figura 1). Esta subregión encierra una variedad de paisajes con epicentro en el departamento Minas, y un centenar de comunas y parajes que albergan una población que apenas supera los 30 mil habitantes.

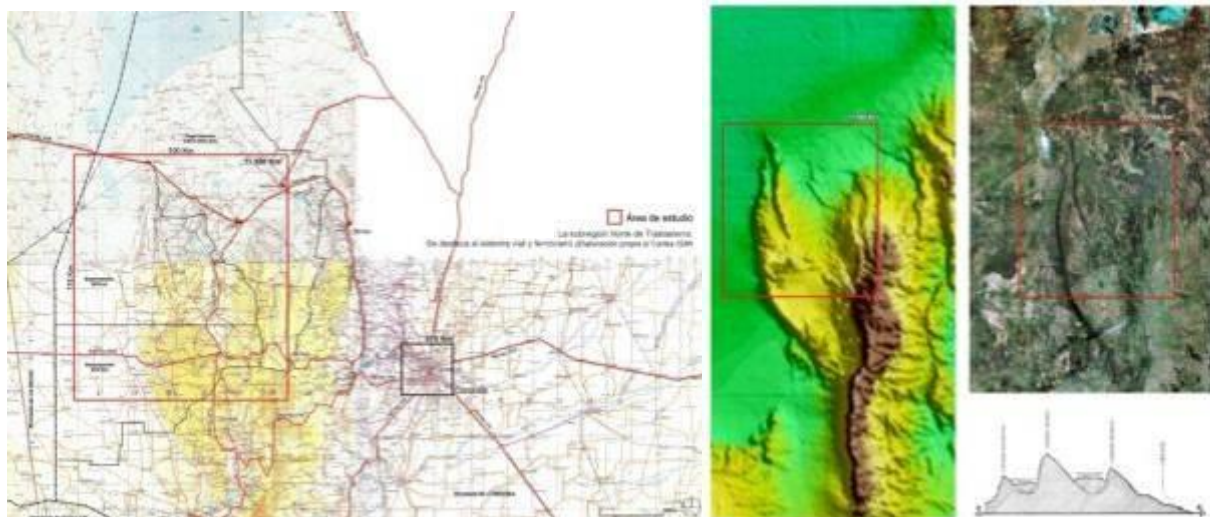


Figura 1. Localización del área de estudio y morfología general del territorio (Cartilla IGM; Globe Dem y NLT Landsat7 – Dapplegeosoft.com; Terzaga, 1963).

Es un área de antigua colonización, con una importante gravitación en la economía local entre los siglos XVII y XIX, que ingresa a partir de entonces en una paulatina decadencia socioeconómica, al punto de constituir en la actualidad un espacio regional en crisis, con

una notable postergación en términos de políticas territoriales. Su situación “traserrana” y el carácter de enclave de sus valles y montañas han sido también un obstáculo para su desarrollo en el último siglo y medio, contribuyendo a configurar un cuadro de invisibilidad territorial cuyo correlato es la escasez de registros históricos y espaciales. Como contraparte, las bajas dinámicas territoriales, el aislamiento y la condición de espacio históricamente postergado han hecho posible la persistencia, por un lado, de un soporte natural menos modificado por la intervención humana y, por otro, de un conjunto de poblados y artefactos construidos que testimonian las diversas etapas de ocupación del territorio, y las estrategias desplegadas para su explotación productiva y la supervivencia de sus habitantes (Figuras 2 y 3).

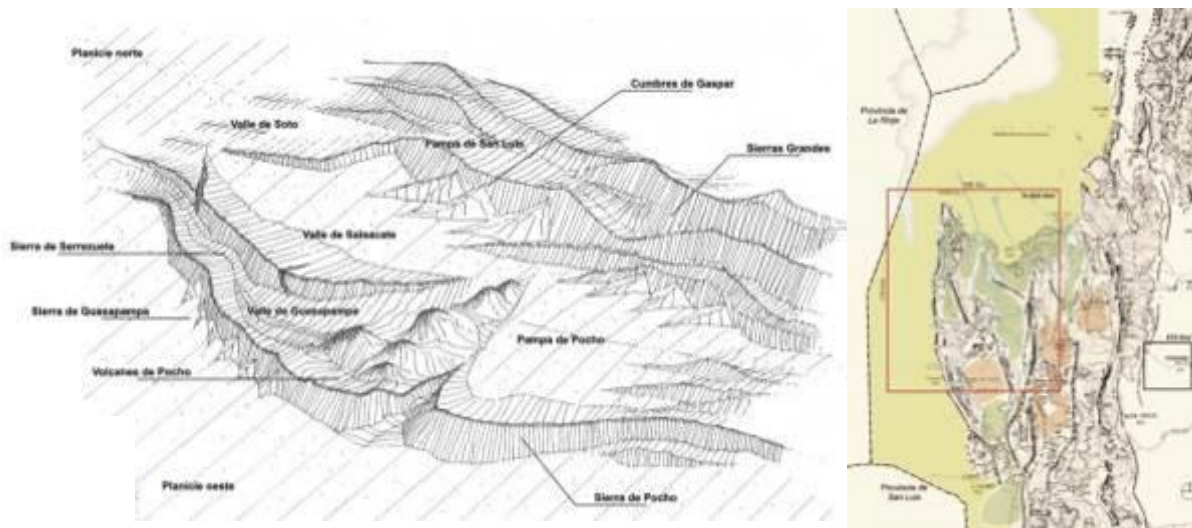


Figura 2. Esquema de la morfología del territorio y las unidades paisajísticas del Norte de Traslasierra (Elaboración propia a partir de Vásquez et al, 1979).



Figura 3. Recursos naturales y culturales del área: por un lado, sierras, valles y planicies; por otro, poblados y piezas arquitectónicas (Fotografías del autor; croquis, elaboración propia y M. Ferreyra).

Diversos abordajes y prácticas constituyen los antecedentes de esta investigación y alimentan su recorrido. Principalmente, el *enfoque regional del patrimonio* (FOGLIA y GOYTIA, 1993; FOGLIA, 2005) que reúne las teorías y técnicas de la planificación regional con los aportes derivados de las disciplinas abocadas al patrimonio arquitectónico, con aplicaciones

en el contexto argentino y cordobés. También, el *Paisaje Cultural* (SABATÉ BEL, 2001, 2005, 2008) que integra los recursos culturales y el patrimonio a los planteos de ordenación territorial, y se nutre de experiencias particularmente europeas y norteamericanas; y el *Proyecto Territorial* (SABATÉ BEL, 2004, 2008, 2010), un tipo de aproximación que valoriza la dimensión física del territorio en clave proyectual, tendiente a establecer criterios y métodos de intervención en la gran escala. Además, han sido de utilidad nociones tomadas de la *ruralística* (EIZAGUIRRE, 2001), que analizan las implicaciones morfológicas del territorio en la construcción del espacio rural, perspectiva que se halla emparentada con otras como la *arqueología del paisaje* (GONZÁLEZ VILLAESCUSA, 1996; Orejas Saco, 2008). Asimismo, una serie de trabajos propios fueron escalonando esta investigación como insumos fundamentales para su desarrollo (DÍAZ TERRENO, 1998, 2007, 2010).

Ahora bien, ¿cómo han incidido estos enfoques en la presente investigación que aborda los procesos de construcción del Norte de Traslasierra, las lógicas que en ellos operaron y los modelos que resultaron?

En la publicación de los avances del Plan Insular de Ordenamiento de Tenerife (Sabaté y CCRS Arquitectos, 1994) se sostiene que los modelos de orden territorial no son necesariamente urbanos, sino que pueden obedecer a pautas de una cultura rural agraria que manifiesta “desarrollos formales” y “voluntades proyectuales” distintos de la cultura urbana. En estos términos, el suelo rural adquiere estatuto de proyecto a partir del reconocimiento en la estructura original –y sus modificaciones en el tiempo– de valores identitarios que pueden orientar su desarrollo futuro.

Estos supuestos abrieron nuevos interrogantes sobre su propia validez al momento de transferirlos a contextos espaciales diferentes a los que les dieron origen. Es el caso de ámbitos caracterizados por una desmesura geográfica definida por la escala y el dominio de lo natural por sobre los vestigios emergentes de la transformación cultural del territorio. En dichos ámbitos, ¿qué modelos de orden se producen en un espacio rural no agrario, signado por la extensión y la vastedad, por el aislamiento geográfico y socioeconómico, donde las huellas materiales de la cultura son escasas y modestas? En tales contextos, ¿es posible hablar de voluntad proyectual? ¿De qué manera la escala condiciona una comprensión del territorio y una narración articulada acerca del mismo?

La búsqueda de respuestas a tales interrogantes estimuló una renovación del enfoque regional del patrimonio -con el cual veníamos analizando las formas históricas de ocupación del espacio cordobés- que se orientaba a impulsar desarrollos locales deprimidos, a partir de la estructuración de los recursos culturales del territorio, con foco en los poblados históricos. Con estos preceptos iniciamos los estudios sobre el Norte de Traslasierra conservando, en una primera etapa, un mayor peso relativo en el análisis de los centros urbanos y su caracterización tipológica, para luego introducir algunas variantes respecto del enfoque original, puesto que el área así lo exigía: por un lado, su *invisibilidad* en cartografías, estudios y políticas públicas que demandó un esfuerzo de asociación de datos escasos e indirectos para articular una narración lógica de la historia regional; por otro, la escasez de poblados históricamente relevantes que obligó a considerar otros componentes territoriales que, hasta el momento, no habían sido de análisis prioritario, como fueron las trazas de rutas, caminos y huellas. También, desde la etapa de relevamiento de campo, estos estudios comenzaron a incorporar el dibujo como herramienta de análisis.

Posteriormente, la atención puesta sobre los enfoques del proyecto territorial y el paisaje cultural obligó a revisar los aspectos considerados en el Norte de Traslasierra, así como los propios modos de observación. La reflexión acerca de la identidad de ciertos espacios y sus atributos despertó el interés por la escala del territorio, su condición marginal geográfica y las consecuencias de ello en su ocupación y dominio. Prestamos mayor atención a la morfología del territorio, la alternancia de los valles y cordones serranos como estructura del soporte natural; también, a las diferentes intensidades y tipos de ocupación según sea en valle, pampa alta o planicie. Observamos las trazas y sus esfuerzos por atravesar las sierras a los fines de vincular porciones aisladas de territorio y, en un sentido opuesto, por rodear los macizos montañosos y evitar adentrarse al interior de los valles. Asimismo, comenzamos a entender la peculiaridad de un espacio rural, en gran medida no agrario, que optó por la actividad ganadera: en definitiva, no estábamos frente a un territorio densamente trabajado por la acción humana, a la manera de un *patchwork* de cultivos. Lejos de la idealización bucólica, la naturaleza se nos revelaba como un problema donde los conceptos de obstáculo y marginalidad geográfica constituían, de hecho, parte de las condiciones objetivas del paisaje. Frente a estas evidencias, dimos lugar a la duda respecto de la validez de la idea de “voluntad proyectual”, en un ámbito donde las acciones humanas se atomizan en pequeños asentamientos aislados y, entre unos y otros, existen escasos y pequeños vestigios físicos de transformación cultural.

En la búsqueda de precisiones apegadas a la realidad territorial local, fue definiéndose la sospecha de que la asociación entre escala y marginalidad geográfica favorecía formas acotadas de ocupación del territorio que, igualmente, expresaban estrategias de adecuación entre las imposiciones naturales y las necesidades humanas de asentamiento y trabajo. En ese marco, interpretamos que aquellos reducidos artefactos –multiplicados y salpicados en el territorio– constituían un patrón de organización, tomando fuerza ideas como la de *ínsula* humana, *oasis* productivo y, globalmente, la de *constelación rural* (es decir, un sistema constituido por elementos aislados pero vinculados, a veces débilmente, entre sí, donde cada pieza cumple un rol respecto de las otras y del territorio en su conjunto).

El conocimiento preciso del paisaje natural, en paralelo a la indagación histórica, aportó una mayor comprensión de la incidencia del soporte natural como factor en la definición de los rasgos de la sociedad traserrana y su expresión física territorial. Estos rasgos, reconocidos espacialmente en capas y cortes temporales, revelaron cómo unos pocos relatos estructurados en torno a la base productiva –que, como común denominador, atraviesa tiempos y espacios diversos– dan unidad a este vasto territorio. Emergieron, así, los escenarios de las antiguas estancias mulares, las rutas y paradores de mercancías, los espacios domésticos del telar y de las elaboradas mantas de lana, y de los metales ocultos en los macizos rocosos. En otros términos, la huella del criollo, el mercader, la tejedora y el minero.

1.1. Hipótesis, objetivos y consideraciones metodológicas

En el proceso antes relatado se reformularon los supuestos originales y los objetivos de la investigación. En definitiva, la hipótesis general que guía este trabajo es la presunción de que el Norte de Traslasierra –como espacio regional de postergación acumulada, subvalorado respecto de sus atributos culturales y desconocido como espacio representativo de la historia local– cuenta con numerosas evidencias altamente explicativas de la identidad regional y la cultura cordobesa originaria, que nos ofrecen algunas claves para la comprensión de los territorios rurales de serranía.

No obstante, otras hipótesis secundarias acompañan la antemencionada: por un lado, la presunción de que la escala del territorio latinoamericano y la omnipresencia de la naturaleza “minimizan” las huellas del “trabajo” humano, poniendo en duda la noción de que en toda construcción territorial –incluso, rural– subyace la idea de “voluntad proyectual”. Pese a ello, emerge la sospecha de que en una ruralidad no agraria –a la manera europea– también es posible descubrir modelos de orden adecuados a la escala y a la vastedad espacial, en tipos de organizaciones que denominamos *constelación rural*. Precisamente, es en las actividades productivas del Norte de Traslasierra donde residen las claves para comprender la historia territorial. Así, el comercio de mulas, el tráfico de mercancías, la elaboración de mantas y la extracción de metales explican el pasado de la región y la conformación de un tipo de ruralidad, además de ofrecer pistas para repensar el futuro de la región. Finalmente, sostenemos que la escala del espacio, las extensas distancias y la escasa densidad de huellas materiales demandan la construcción de un relato territorial que contribuya a resituar y visibilizar este espacio serrano postergado.

Los objetivos a los que pretendemos arribar son: en primer lugar, arrojar nuevas lecturas sobre este antiguo paisaje cordobés, para así conformar un corpus de conocimiento sobre el área; en segundo lugar, poner en valor sus recursos culturales y paisajísticos y, a través de ellos, recuperar la historia regional y construir una narrativa del territorio; en tercer lugar, generar nuevos insumos que contribuyan a definir criterios de ordenación general y de futuros proyectos e intervenciones sobre la región.

Cabe mencionar que para el desarrollo de la investigación se recurrió a procedimientos asociados a la disciplina urbanística: por un lado, lecturas intencionadas de los procesos territoriales, efectuadas a través de la herramienta gráfica –cartografía histórica y actual, escasa en ambos casos, y registros y reconstrucciones en croquis y fotografías obtenidos de los diversos relevamientos de campo– (Figura 4); y por otro lado, el manejo de escalas de aproximación, como operaciones de deslindes que organizan las lecturas y recortan realidades espaciales, en las que se pueden observar distintas familias de componentes territoriales, según la relación que estos establezcan con la morfología del territorio y otros factores naturales. Por último, también se apeló a la descripción –en la concepción de Geertz–, no como operación neutra, sino como una forma de poner a disposición un nuevo conocimiento sobre el territorio observado.

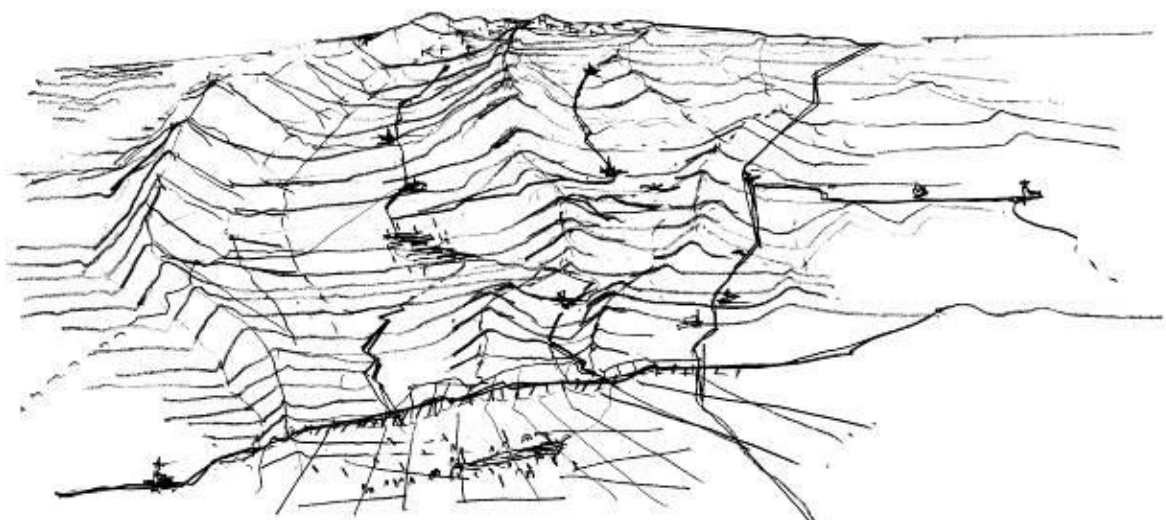


Figura 4. Interpretación de la morfología del área de estudio (Elaboración propia).

2. Lecturas interpretativas de la construcción histórica del territorio

Leer para interpretar, interpretar para conocer y conocer para intervenir pueden entenderse como instancias de un mismo proceso de planificación que hacen referencia a abordajes, instrumentos y proposiciones ajustados a una realidad concreta. Por su relativa autonomía entre sí, dichas instancias pueden desplegarse a través de enfoques y métodos diferenciados.

Precisamente por ello, esta investigación se centra en las dos primeras, aplicadas a un territorio específico, con miras a construir un corpus de conocimiento sobre el mismo, como insumo de futuros proyectos e intervenciones.

2.1. Lógicas de ocupación y modelos de orden

Específicamente, las lecturas tienen por objetivo develar, por un lado, las *lógicas de ocupación del territorio* y, por otro, *los modelos de orden territorial* que subyacen en el Norte de Traslasierra. Constituyen, por lo tanto, una operación de deconstrucción intencionada de los procesos históricos espaciales, conducente a explicar la fenomenología del territorio y su expresión material, para posteriormente recomponer una comprensión global del tipo de ruralidad serrana del área que nos ocupa.

Se define a las *lógicas de ocupación* como las diversas estrategias desplegadas en los procesos de avance y retroceso sobre el espacio y la realidad social preexistente. Fueron variando con arreglo a las imposiciones del medio natural y al paulatino conocimiento de la realidad geográfica, pero también a las pautas culturales de cada época y a la disponibilidad de recursos, involucrando tanto procesos racionales y planificados, como ciertas destrezas improvisadas, descoordinadas y, a veces, contradictorias entre sí. Podemos suponer que hubo distintas escalas de aptitudes, algunas más globales (de conquista y dominio), otras más focalizadas (de asentamiento y supervivencia), e imaginar que respondieron a lógicas de naturaleza diferenciada, muchas veces combinadas entre sí. Se pueden mencionar, por ejemplo, la ocupación y usufructo de los emporios agrícolas aborígenes; la encomienda y el reagrupamiento de aquellos en áreas más accesibles; el traslado humano forzado acorde a la demanda de mano de obra, y la consecuente ruptura de la organización espacial y los lazos sociales preexistentes, entre otros.

A la par, como en un negativo, quedan expuestas las no-estrategias que han definido un tipo de territorio en lugar de otro: la escasez de trazas transversales a los cordones montañosos, siguiendo la lógica de trayectos por las planicies; el limitado avance sobre las áreas del extremo occidental, más allá de la caída abrupta de las sierras, donde el obstáculo se impuso a la voluntad humana; o el proyecto nunca concretado del ferrocarril de Traslasierra, que cedió al desinterés del hinterland portuario por estas áreas distantes del interior argentino. En definitiva, estas estrategias, entre muchas otras, expresaron racionalidades subyacentes y tácticas visibles de ocupación, dominio y explotación productiva, y la implantación de un nuevo orden social y territorial, cuyas derivaciones son palpables en la actualidad.

Las lógicas tienen su correlato espacial en los *modelos de orden*, formas específicas de organización territorial que constituyen la síntesis operativa en la que subyacen pruebas –por ensayo y error– de modelos aplicados previamente en otros ámbitos. De allí su doble carácter histórico: constituyen una réplica adaptada a los nuevos contextos de actuación y su implementación exige de extensos lapsos de tiempo. Si las lógicas de ocupación se ven ex-

presadas en los modelos de orden resultantes, éstos, a su vez, son comprensibles a partir de los componentes que los integran. De allí que las lecturas propuestas analicen la localización y distribución de los *elementos formales del territorio* –trazas, poblados, subdivisiones, núcleos productivos– y las relaciones que éstos establecen entre sí y con el medio que los cobija.

2.2. Las lecturas y sus escalas: dos metodologías y un recurso

La lectura de la diversidad de paisajes del Norte de Traslasierra, de los múltiples procesos que le fueron dando forma y, particularmente, de la vastedad del espacio y dispersión de componentes, demanda una serie de herramientas metodológicas: las *escalas de aproximación* y las *familias de elementos*. El recurso del dibujo –y el acompañamiento de otro tipo de imágenes– será el instrumento predominante que permitirá confeccionar un *expediente gráfico*.

El objetivo de las escalas de aproximación es cubrir la lectura de un abanico de situaciones que van desde los procesos generales de ocupación y dominio del espacio, hasta las consecuencias materiales “menores” de aquellos procesos. Ordenar este vaivén de acercamientos y distanciamientos nos lleva a establecer tres recortes de la realidad espacial: macroescala, escala intermedia y microescala. Asimismo –por la posibilidad que ofrecen de visualizar una numerosa cantidad de elementos resultantes de la apropiación cultural del territorio–, las escalas intermedia y micro muestran una serie de piezas que hemos agrupado en *familias de elementos*, con el fin de facilitar la comprensión de un universo de situaciones de por sí complejo, a partir de una cierta “semejanza” que las emparenta, permitiendo, a su vez, situar los elementos analizados en un plano de comparación.

Las escalas de aproximación no deben entenderse como autorreferenciales e independientes unas de otras. La comprensión de la dimensión territorial siempre es *multiescalar*, puesto que demanda diversas aproximaciones que capturen porciones específicas, según lo que se pretenda estudiar. Pero también es *transescalar*, puesto que cada aproximación no es autónoma de las otras, sino que, además de mostrar un recorte territorial, contiene elementos explicativos de los otros recortes. Las escalas se encuentran atravesadas por esta continuidad de lecturas, permitiendo comprensiones de un mismo elemento a partir de diferentes niveles de complejidad. Así, entre las tres escalas se establecen relaciones fluidas: la intermedia y la micro dan cuenta de las expresiones materiales –indicios, vestigios, huellas físicas– resultantes de aquellos procesos explicados en la macroescala.

Por su parte, el *expediente gráfico* es el resultado de las lecturas realizadas a partir de los registros (croquis, fotografía, cartografía). A nivel de la macroescala, los registros se basan en cartografías históricas y, sobre todo, en una espacialización de datos extraídos de fuentes bibliográficas y relevamientos de campo. A nivel de la escala intermedia y la microescala, se recurre a la cartografía disponible y a los registros personales –fotos y croquis–, cumpliendo una doble función: mostrar los espacios y objetos estudiados y, en el mismo proceso de análisis, adentrarse a un conocimiento más profundo del territorio. En ese sentido, cartografía y registros son fin y medio a la vez, constituyendo un esfuerzo interpretativo ceñido a la realidad física, despojado de especulaciones abstractas.

2.2.1. La escala macroterritorial: síntesis de la construcción del territorio

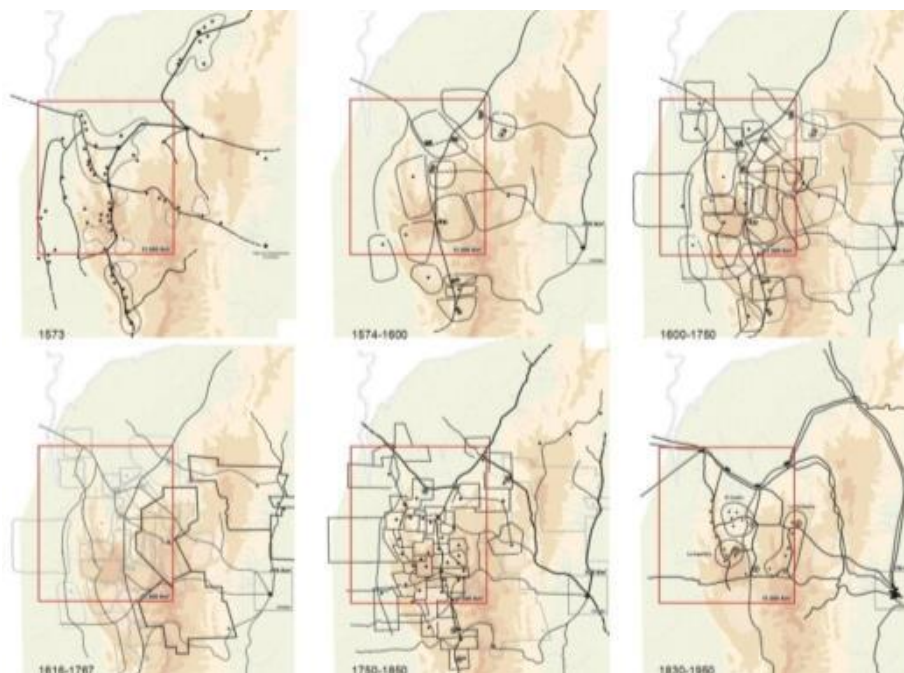


Figura 5. Lógicas de ocupación del territorio I: mapas de estrategias espaciales (Elaboración propia).

Esta escala de aproximación se aboca a las avanzadas territoriales y sus transformaciones espaciales, con énfasis en las limitaciones y potencialidades del territorio traserrano, su organización general interna y las vinculaciones interregionales. En conjunto, muestra la síntesis de las lógicas de ocupación del territorio a través de cortes temporales o episodios representativos (Figura 5).

1573. Radiografía territorial a la llegada europea: la preeminencia de los valles. Refleja la organización territorial de las culturas preexistentes: aldeas y emporios agrícolas –vinculados entre sí por carriles internos y trazas interregionales– localizados en los principales valles, como los espacios más aptos para la vida humana y el desarrollo productivo, en comparación con las pampas elevadas y los rincones montañosos.

1574-1600. Mercedes y encomiendas: nueva organización poblacional. Expone las continuidades y rupturas que reacomodan el tablero espacial del Norte de Traslasierra, en un período aún embrionario, donde conviven las preexistencias y las nuevas formas de ocupación. Persisten los caminos aborígenes, que encausan las nuevas excursiones, aunque los valles poblados son reorganizados en pueblos de españoles y de indios encomendados, erigidos en cabeceras de enormes mercedes, cuyos límites se redefinen a medida que se profundiza el conocimiento del espacio conquistado.

1600-1750. De la merced a la estancia: la lenta construcción del territorio ganadero. Etapa de pleno desarrollo de la cultura criolla americana, la definitiva desaparición de la estructura territorial aborígen y el armado y consolidación del universo colonial. El área se especializa en la producción mular, en un proceso de lenta sustitución de las encomiendas por las estancias. Se amplían los dominios a las pampas altas y planicies más alejadas; se multiplican los corredores comerciales; se consolidan los poblados criollos a la par de la casi extinción

de la población originaria. Las barreras topográficas favorecen las relaciones comerciales con la región cordillerana y el norte altoperuano, y las dificultan con la propia ciudad de Córdoba y el litoral atlántico.

1616-1767. Concentración de dominios: las estancias jesuíticas, motor de la economía regional. Refiere al papel fundamental de los jesuitas como grandes exportadores de ganado mular, relevancia que se traduce espacialmente en vastos establecimientos estancieros, producto de sucesivas compras y anexiones de mercedes, encomiendas y tierras "vacas". El área en estudio abarca una parte de la estancia La Candelaria.

1750-1850. Continuidad del paisaje de estancias. Un territorio donde se consolida la estancia mular, que modela un ruralidad extensiva, reconocible incluso en la actualidad, de artefactos y núcleos poblados dispersos, comunicados entre sí y con los mercados regionales por distintos tipos de trazas. Desde las primeras décadas del siglo XIX, como consecuencia de la ruptura del espacio colonial y las transformaciones productivas con epicentro en el litoral marítimo, el área ingresa en una lenta decadencia con esporádicos episodios favorables.

1830-1950. Auge de la minería. Tres extensos distritos mineros (El Guaico, La Candelaria y La Argentina) generan nuevos asentamientos e infraestructuras, consolidan otros ya existentes, así como delinear nuevas trazas que vinculan los corredores en funcionamiento con yacimientos situados en torno a los macizos rocosos. Trapiches, hornos, chimeneas y movimientos de mercancías y personas se traducen en nuevos componentes territoriales, alterando porciones importantes del paisaje traserrano (Figura 6).



Figura 6. Lógicas de ocupación del territorio II: ruinas del establecimiento de beneficio de minerales Santa Bárbara o Macatiné (Fotografía del autor).

1891-1978. Camino de hierro: el Ferrocarril Argentino del Norte. El tendido que une Córdoba con La Rioja rodea los macizos montañosos buscando la cota más baja del paisaje serrano, generando una doble condición territorial: los espacios beneficiados por el ferrocarril, y el interior de los valles distante de aquel corredor. Nuevas infraestructuras (puentes y viaductos) y las estaciones, con sus entornos comerciales y de acopio de mercancías, son los nuevos componentes que emergen en el paisaje que sobreviven a la posterior desaparición de la actividad ferroviaria (Figura 7).

1905, 1924 y 1985. Persistencia de grandes dominios. En tres cortes temporales centrados en la estructura catastral, correspondientes a tres registros disponibles (planos provinciales de 1905 y 1924 y una Hoja de Registro Gráfico, HRG Catastro provincial, 1985), consta la continuidad de las grandes propiedades como consecuencia de una baja intensidad de la subdivisión de la tierra en general, y porciones de fraccionamiento de colonias agrícolas u otras unidades productivas, situadas en el oasis bajo riego de la planicie norte.

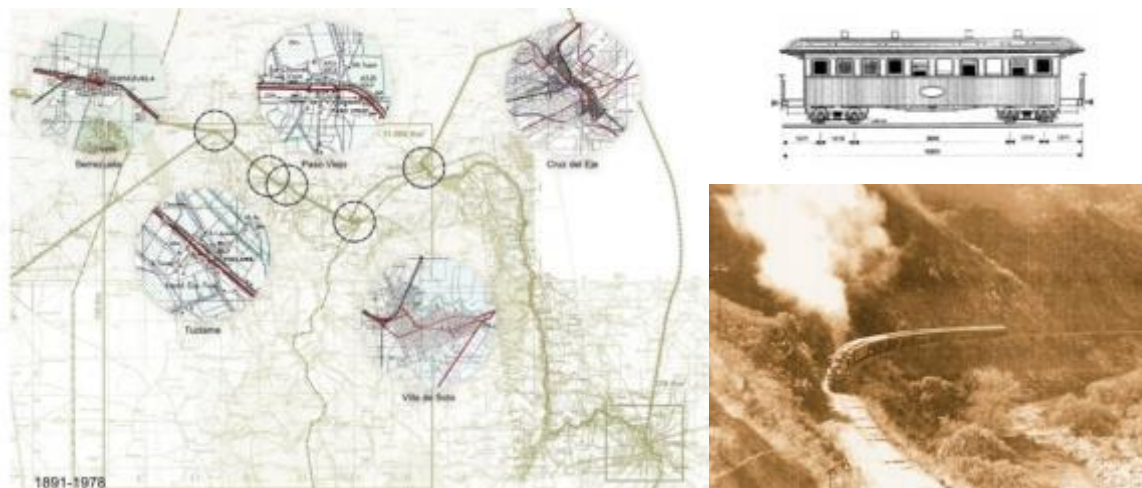


Figura 7. Lógicas de ocupación del territorio III: el Ferrocarril Argentino del Norte (Elaboración propia a partir de cartas topográficas IGM, 1953, 1973, 1991; foto del Archivo Histórico Provincial).

1924-1998. Conformación del territorio agrícola. Estos dos cortes temporales se corresponden con dos registros disponibles (mapa provincial de 1924 y cartilla IGM 1998) en los que emerge: a) el carácter comparativamente acotado de los espacios agrarios; y b) la proliferación de parcelas productivas domésticas que sólo cubren la demanda de comunidades familiares. El primer caso responde a unidades productivas medianas y pequeñas, con porciones de estructuras colónicas y cultivos intensivos; el segundo caso, refiere a “islas productivas autosuficientes”, más propias del interior de los valles y de las zonas altas de las serranías.



Figura 8. Lógicas de ocupación del territorio IV: izquierda, oasis agrícola de la planicie norte; derecha, “isla productiva autosuficiente” (Carta satelitaria IGM, 1998; Google Earth, 2013).

Hoy. Continuidad del carácter marginal del territorio. Un incipiente turismo es casi la única actividad económica que referencia el área en el contexto provincial. Esto y los indicadores económicos y sociales, muestran un retroceso de la inserción productiva del área, deterioro de las condiciones de vida generales, despoblamiento y “vacío demográfico”, aislamiento funcional y estancamiento de los poblados. Este panorama evidencia la continuidad de un proceso de decadencia iniciado hace más de un siglo y medio.

2.2.2. La escala territorial intermedia: trazas y asentamientos



Figura 9. Caminos del Norte de Traslasierra (Elaboración propia y M. Ferreyra).

Esta segunda escala de aproximación se centra en dos elementos formales del territorio, como son los caminos y poblados, tipificándolos y poniendo en relieve la incidencia del medio natural en sus configuraciones. Ciertas diferencias y similitudes los atraviesan, por lo que priorizamos la “incidencia del medio natural en su configuración física” como variable de análisis, a partir de la cual es posible dismantlar la aparente homogeneidad inicial que resulta de una observación genérica del paisaje traserrano. Se distinguen, entonces, distintas familias de trazas y asentamientos, que nos permiten entender más detalladamente la íntima relación entre elementos formales y factores naturales en la construcción histórica del Norte de Traslasierra. En cuanto a los entramados conectivos, éstos se organizan en cinco familias de componentes (Figura 9):

- *Trazas de borde.* Manifiestan la voluntad de conectar territorios “al otro lado de”, sorteando las dificultades topográficas. Son trazas periféricas al conjunto de valles, que rodean los macizos rocosos por la cota baja, o bien que transitan entre dos sistemas ambientales –por ejemplo, entre la montaña y la planicie–, adecuándose en ambos casos a las cotas y buscando el recorrido de menor esfuerzo de desplazamiento (Figura 10).

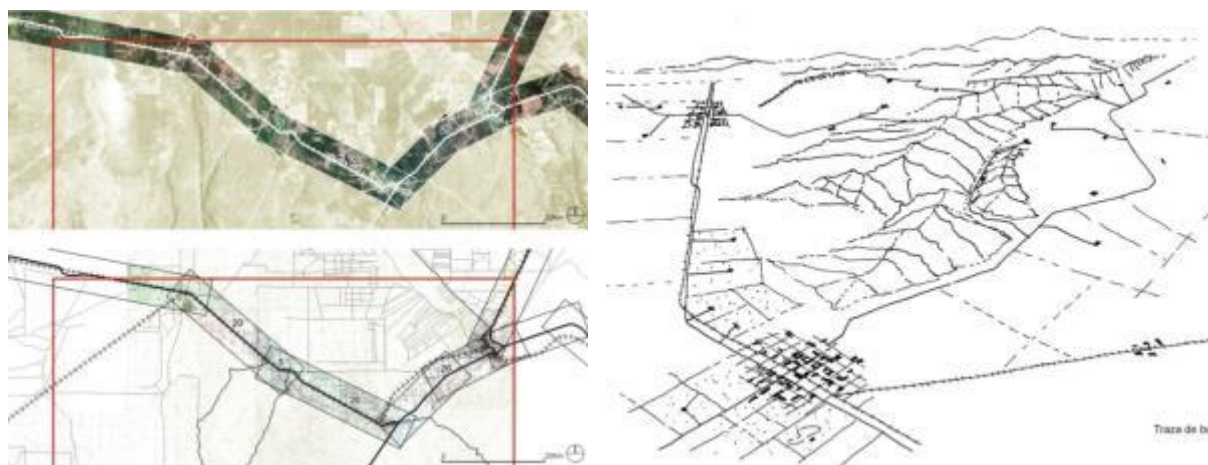


Figura 10. Traza de borde: ruta provincial 38, que rodea el macizo rocoso de las Sierras Grandes (Elaboración propia a partir de Carta satelitaria IGM, 1998 y Carta topográfica IGM, 1972, 1998. Croquis, elaboración propia).

- *Trazas internas.* Integran un entramado condicionado por una forma del territorio definida por cordones montañosos paralelos, entre los cuales se alternan valles, pampas altas y planicies. La jerarquía de las trazas varía según la accesibilidad a los valles, el rol funcional ligado a la importancia de los ámbitos que atraviesan y los puntos que vinculan, además de la situación de la propia traza respecto al resto de la estructura. Está integrado por trazas en dirección norte-sur, paralelas a

las líneas de sierra, y por otras en dirección este-oeste que establecen las conexiones transversales entre valles, pampas de altura y planicies.

- *Pasos serranos o bocas de sierra.* Transitan de un valle a otro o descienden de una pampa alta al valle y a los llanos bajos. Fueron vínculos entre antiguas comarcas aborígenes, así como pasajes de rutas comerciales y caminos de mulas que unían dominios estancieros y poblados. Configuran aperturas por un corte de sierra, entre paredones rocosos o suaves laderas, y operan como puertas de ingreso y salida de parajes y poblados asentados en las pampas altas o guarnecidos en el interior de los valles (Figura 11).
- *Trazas rectilíneas.* Constituyen entramados abiertos que se localizan predominantemente en la planicie oeste que, con escasos obstáculos topográficos, materializan los límites de extensos dominios y vinculan puestos o potreros internos distantes entre sí. Incluye la vía férrea que se desprende del ferrocarril Córdoba-La Rioja, a la altura de Serrezuela.
- *Entramados “geométricos”.* Trazas definidas por el parcelario rural y la subdivisión dominial de los oasis agrícolas de la planicie norte. Los casos de mayor regularidad corresponden a la estructura de las colonias agrícolas (Figura 12).

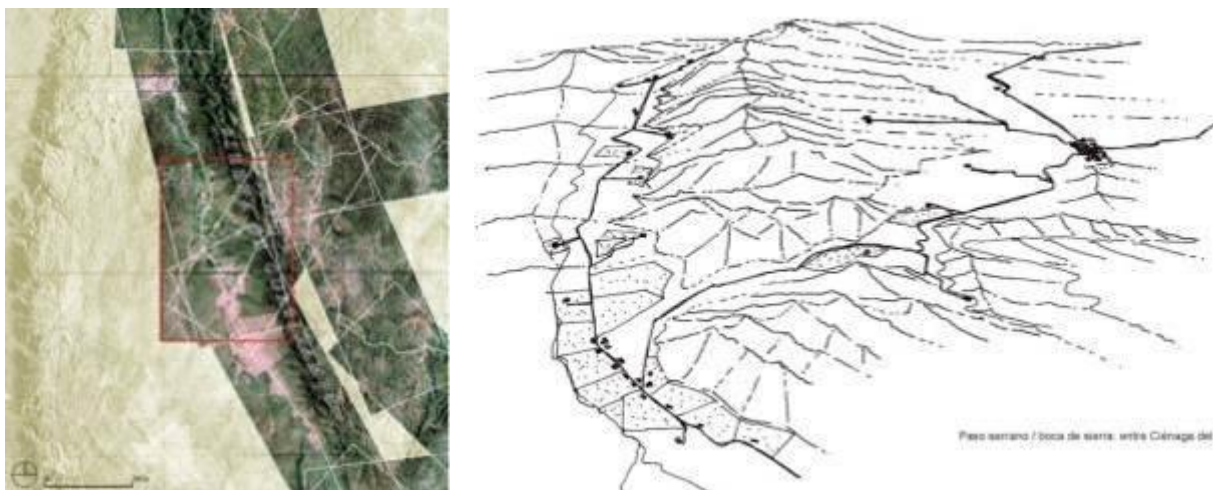


Figura 11. Paso serrano que vincula los valles de Ciénega del Coro y Guasapampa (Carta topográfica IGM, 1972, 1998. Croquis, elaboración propia).



Figura 12. Entramado “geométrico”: trazas en los oasis productivos bajo riego, en la planicie norte (Carta topográfica IGM, 1972, 1998. Croquis, elaboración propia).

Respecto a los asentamientos –ya sea que expresen “aspiraciones urbanas” o sean netamente rurales–, se puede afirmar que ponen en juego formas urbanas universales en

una geografía específica. Pese a sus múltiples realidades, un común denominador los atraviesa: constituyen “recortes de cultura” en un paisaje predominantemente natural, en los que subyace un esfuerzo de adaptación a las condiciones físicas del territorio. Su análisis admite distintos agrupamientos en *familias* pero, a los fines de la investigación, nos interesa observar la incidencia del medio natural en su configuración, a partir de dos variables: el *emplazamiento* y la *configuración física y tipo urbano* (aspectos que condicionan e integran, respectivamente, la estructura urbana del asentamiento).

Con relación al emplazamiento se analiza el “ajuste” de los poblados a la forma del soporte natural, lo cual deriva de un corpus de decisiones adoptadas por el poblador frente a las imposiciones del medio, en el que subyacen respuestas operativas y específicas, intuiciones y sensibilidades, y soluciones que perduraron en el tiempo. Conscientes de que estas estrategias no responden a requerimientos unívocos –sino más bien a un entrecruzamiento de exigencias diversas– definimos tres grupos posibles de situaciones:

- *Situación de resguardo en enclaves.* Estrategias de protección y seguridad, principalmente, frente a las inclemencias climáticas, así como frente a posibles ataques aborígenes o acciones de vandalismo. Configuran un tipo de implantación en *enclave*, en donde se verifica un aprovechamiento del accidente topográfico –hondonada, monte, relieve– a los fines de un mayor resguardo. Puede suponerse la respuesta a otras dimensiones de la existencia humana, como la necesidad de contrarrestar el desamparo y el aislamiento, creando un cierto grado de confort a partir de la idea de “lugar dentro de otro lugar” (Figura 13).

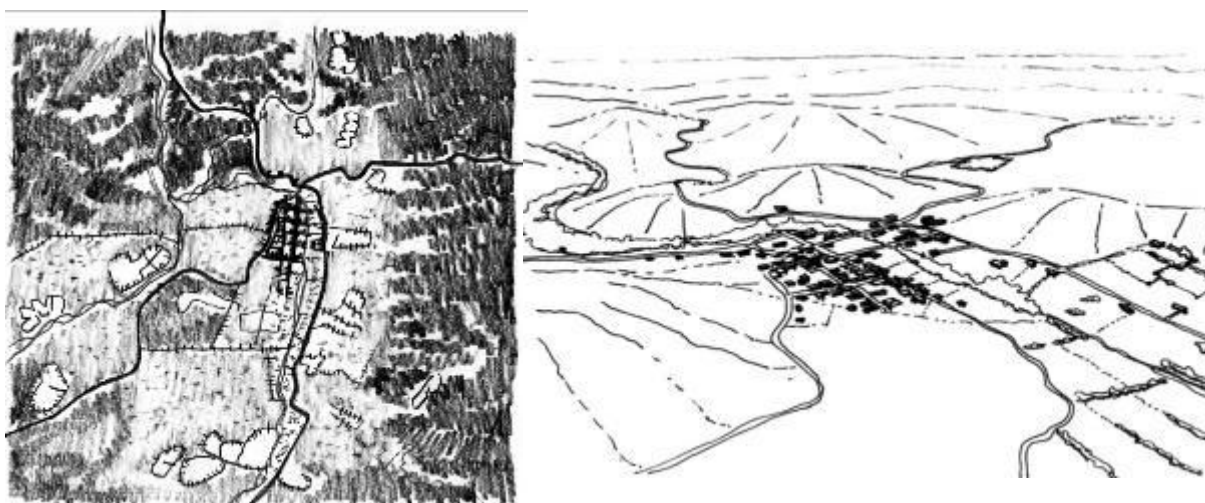


Figura 13. Asentamiento en enclave protegido: la hondonada de Ciénaga del Coro (Elaboración propia)

- *Situación entre ríos y caminos, y ocupación de meandros.* Satisface dos demandas esenciales: agua, por un lado, y accesibilidad y conectividad, por otro. Configuran esquemas lineales, entre traza y cauce, parcelarios productivos adaptados a bordes sinuosos, o poblados que ocupan y se amoldan a meandros de río, creando una especie de recinto de límites naturales (Figura 14).
- *Situación en escalones topográficos y en salidas de valles o bocas de sierra.* Localizaciones estratégicas ligadas al sistema conectivo regional y un tipo encaje topográfico, que se manifiesta en poblados situados en las salidas de los pasos serranos que unen valles entre cordones montañosos, y también aquellos asentamientos con un tipo de emplazamiento que, aun respondiendo a requerimientos funcionales –protección, conectividad, acceso al agua–, expresan

una sensibilidad con relación a su entorno natural y establecen un diálogo con el accidente topográfico (Figura 15).

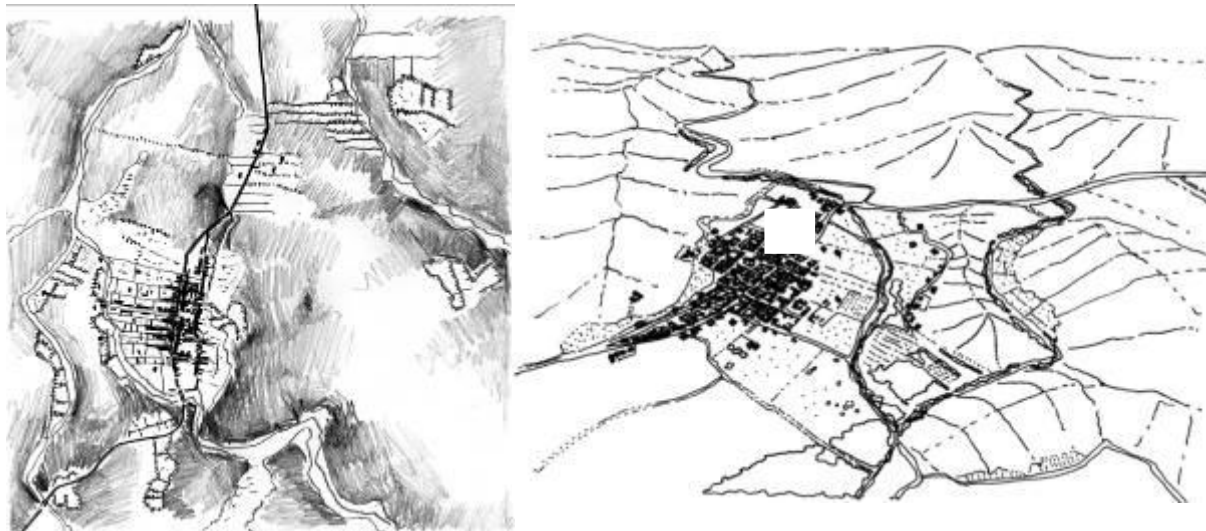


Figura 14. Asentamiento en meandro: San Carlos Minas, entre arroyo, camino y río (Elaboración propia).

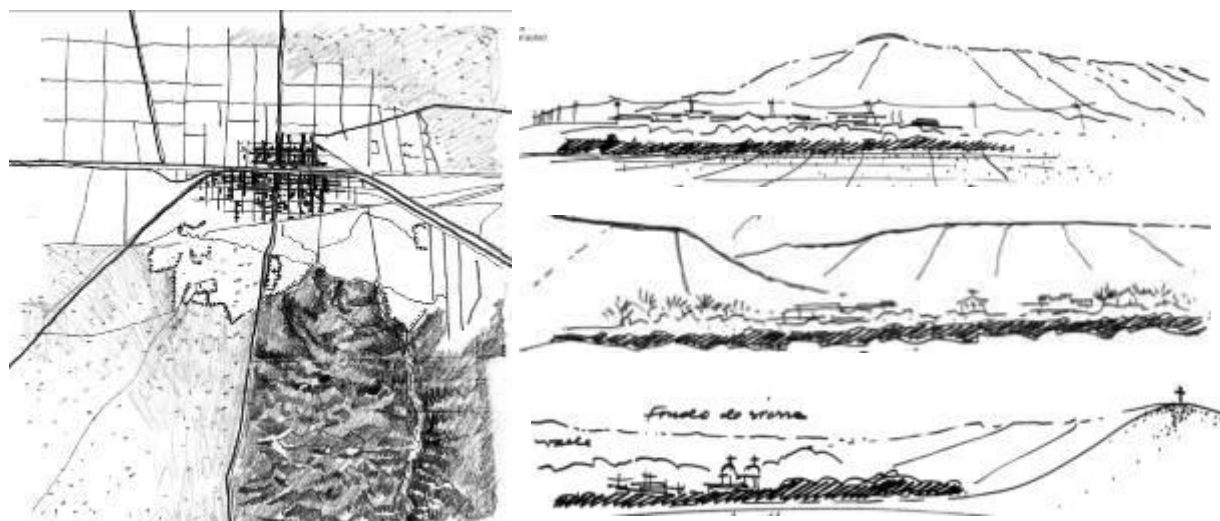


Figura 15. Asentamientos en escalón topográfico: Serrezuela, Aguas de Ramón y La Higuera (Elaboración propia)

Con relación a la configuración física y tipo urbano es posible definir un grupo de *familias* de poblados –que no desarrollaremos en este texto–, asumiendo la traza como componente diferenciador: trazado en cuadrícula hispánica, en cuadrícula con presencia del ferrocarril, trazado irregular con intención de orden geométrico, en cuadrícula de parcelario rural, asentamientos con organización lineal, nodal y en “racimo”. Pero es importante mencionar que, en sus estudios sobre los procesos de urbanización de la provincia de Córdoba, Foglia (2004) establece una tipificación de los asentamientos a partir de la estructura urbana –específicamente el trazado, elementos nodales y ejes de relevancia–, definiendo los modelos urbanos a los cuales adscriben. Así, el modelo colonial, el originado en el tendido ferroviario, el agrícola, el irregular o modelo sin precedentes teóricos –común en el área serrana– y otros de carácter atípico, sintetizan el conjunto de la realidad urbana provincial. En el área de estudio prevalecerían, a primera vista, el modelo irregular y los atípicos. Ahora bien, con-

viene diferenciar dos cuestiones: 1) la materialización de un modelo determinado en el momento de origen del asentamiento –lo cual supone la voluntad de fundar una ciudad y una idea planimétrica transferible al sitio de emplazamiento–; 2) la adopción de modelos históricamente aceptados para reurbanizar o sistematizar un asentamiento ya existente, muy a posteriori del momento en que se originó.

Con relación a la primera cuestión, los modelos teóricos subyacentes son claramente visibles en aquellos centros urbanos de las regiones provinciales más dinámicas, impactados por procesos de urbanización estimulados por las políticas territoriales, encaradas por el Estado nacional en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX, con fines de ampliación de fronteras productivas y poblamiento de tierras. En cambio, el modelo de ciudad colonial hispanoamericano –aplicado en la jurisdicción cordobesa más o menos contemporáneamente a su formulación– es verificable sólo en la ciudad de Córdoba y en contadas *villas* situadas en lo que, por aquel entonces, eran puntos extremos del territorio cordobés.

La segunda cuestión es la que se ajusta con más claridad al área en estudio: en el Norte de Traslasierra no se verifica una relación directa entre el origen del poblado y el desarrollo físico que éste asume en el tiempo. La gran mayoría de los asentamientos surge durante los siglos de la ocupación española, con roles territoriales asociados a alguna actividad productiva (predominantemente ganadera) y otras funciones intrínsecas a la colonización (evangelización de población originaria, consolidación de frontera). En algunos casos, el nuevo asentamiento se emplaza en el mismo sitio de alguna aldea aborigen. Excepcionalmente, ya en los siglos XIX y XX, surgen poblados con origen en la actividad minera o como parador ferroviario.

En otras palabras, se trata de un origen definido por el carácter de unidad productiva, y no por la vocación de ciudad. En los avances territoriales iniciales no hay voluntad de *ciudad*, acto de fundación ni acta que registre ese hecho sustancial de una colonización urbana. El asentamiento originario responde al núcleo poblado de una merced o encomienda y, posteriormente, de una estancia. Es el casco de estancia, entonces, el elemento central de una ruralidad extensiva, concentrador de aquellos componentes edilicios necesarios para sobrellevar las funciones que se le demandan: dominio territorial, explotación productiva, evangelización u otros (como alojamiento y aprovisionamiento para viajeros y excursiones comerciales). La persistencia de la estancia, su desaparición o su transformación en poblado, va a depender de los avatares económicos del país y de factores ligados con la inserción regional.

2.2.3 La escala microterritorial: núcleos productivos y subdivisiones rurales

Esta escala de aproximación aborda aquellos elementos formales considerados “menores” respecto de su incidencia en la estructura territorial. Esta categoría alcanzaría a numerosos artefactos territoriales: edificaciones mineras, infraestructuras ferroviarias, obras viales, pequeñas piezas arquitectónicas aisladas, obras hidráulicas, entre otros. Sin embargo, para su análisis se seleccionan dos elementos que se reiteran en la extensión del territorio: los núcleos productivos y las subdivisiones rurales, poniéndolos nuevamente en relación con los factores naturales.

Con respecto a los núcleos, nos interesan aquellos elementos puntuales y repetitivos desde donde se gestiona el espacio productivo. Comprenden cascados de estancia, puestos, establecimientos o caseríos en torno a los cuales se organiza la vida doméstica y la

producción, que integran circuitos de comercialización o se reducen al autoabastecimiento. Por lo general se trata de estructuras pequeñas y caseríos minúsculos, donde prevalecen la manufactura modesta, las instalaciones precarias y un tipo de construcción que atiende a las demandas funcionales de la vida rural y que, en su imagen, expresan el abandono y la marginalidad del área (Figura 16).

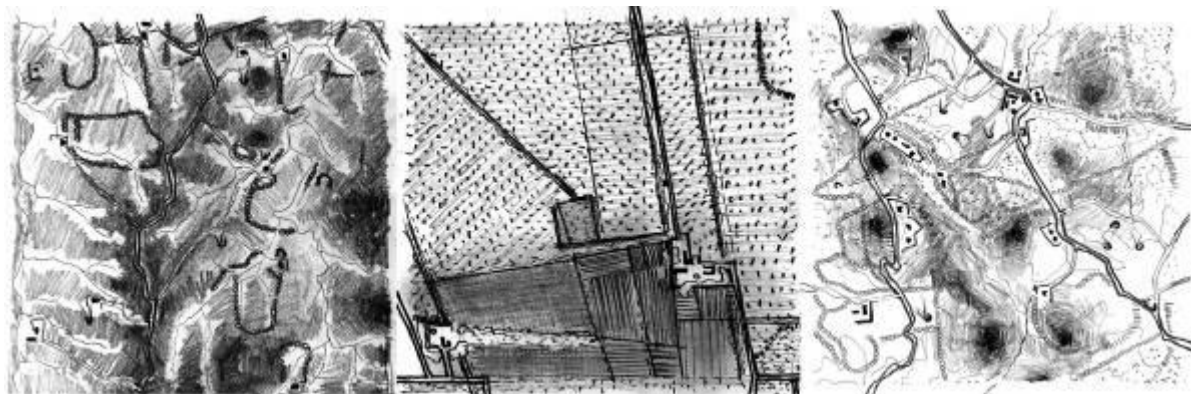


Figura 16. De izquierda a derecha: pequeños puestos caprinos; establecimiento de olivares; pequeño asentamiento minero (Elaboración propia).

A los fines de una aproximación a estas estructuras menores, establecemos una distinción a partir del tipo de producción desarrollada en los núcleos ganaderos, agrícolas y mineros.

- *Núcleo ganadero.* El Norte de Traslasierra sigue siendo un ámbito productor de hacienda –ganado de cría, modalidad extensiva–, aunque la estancia mular ya no caracteriza al área ni la mula es un producto de primer orden. Aunque con muchas similitudes, la adecuación al medio natural impone variantes en la configuración física de los núcleos y la organización de sus entornos productivos; de allí que convenga diferenciarlos por su pertenencia a determinadas unidades ambientales: planicie oeste, valles interiores o pampas de altura, debido a que la oferta del paisaje natural, la topografía y el clima definen el tamaño de propiedades (que pueden oscilar entre unos pocos cientos de hectáreas y más de 100 mil hectáreas), la complejidad de la estructura interna (subdivisiones, puestos o “potreros”, caminos, senderos, red de acequias), y tipos de elementos que la componen (casco, caserío, edificaciones complementarias, represas, estanques, corrales, molinos, aljibes, chacras, etc.).
- *Núcleo agrícola.* Predomina en los oasis del norte y en la Pampa de Pocho, al sur. Focalizamos en los primeros por la diversidad de cultivos –principalmente, olivares– y por su integración a otros mercados extraregionales. Ocupan una amplia planicie de bañados, regada por los ríos que bajan de las sierras y de los que se desprende una red considerable de acequias y canales. Se trata de los mismos sitios que antiguamente albergaban los emporios agrícolas aborígenes. Entre estos núcleos establecemos, a grandes rasgos, una distinción a partir de su complejidad, tamaño y estructura general: la estancia o establecimiento agrícola (1.200 hectáreas, las más grandes) y la colonia agrícola (75 a 100 hectáreas cada fracción).
- *Núcleo minero.* Varían según se trate de minería metalífera –inexistente en la actualidad– o canteras para la extracción de piedra ornamental, aunque en general constituyen estructuras espaciales sencillas, que traducen instalaciones operativas y transitorias, salvo las ruinas de los grandes establecimientos “de beneficio”, abocados al procesamiento de metales durante el siglo XIX.

En cuanto a las subdivisiones rurales, nos referimos a los modos de apropiación del suelo, la definición de los dominios y la organización del espacio productivo para la actividad pecuaria y el control del movimiento de la hacienda, donde las particiones, los límites y deslindes son parte de las estrategias que se despliegan en los procesos de ocupación (Figura 17). Su análisis depende de la disponibilidad de relevamientos cartográficos que, como se ha insistido, son escasos, así como de su visibilidad en registros satelitales o aerofotometrías. Son de dos tipos: 1) las *particiones mayores*, muros bajos que, con el afán de subdividir dominios y áreas productivas, atraviesan vastas extensiones de paisaje; y 2) los *deslindes operativos menores*, es decir, los comúnmente denominados “corrales”. En ambos casos se trata de *pircas* (muros de piedra), enramadas, o alambrados, aunque son las primeras las piezas territoriales más antiguas, que cualifican el paisaje por su laboriosa manufactura artesanal.



Figura 17. Subdivisiones parcelarias y corrales de pirca y enramada (Fotografías del autor).

3. Consideraciones en torno a los modelos de orden

La preocupación por definir los posibles modelos de orden territorial en el norte de Traslasierra ya está presente en los inicios de la investigación. Desde el análisis del soporte natural hasta el estudio de las formas de ocupación a lo largo del tiempo, y desde las huellas del trabajo humano –vistas a través de las prácticas productivas– hasta el estudio de los elementos territoriales, se viene insistiendo en la recurrencia de una forma de organización del territorio que denominamos *constelación rural serrana*.

Constelación es el término que engloba el conjunto de organizaciones espaciales del Norte de Traslasierra, “graficando” la ocupación extensiva del espacio, donde el asentamiento y la traza son los componentes principales que integran un sistema de *puntos* y *líneas* construido en el tiempo y en la inmensidad del espacio. Su carácter *rural* viene dado por los procesos productivos que le dieron origen y que persisten, en parte, por la escasa reconversión e innovación tecnológica, pero también por la condición refractaria del área a procesos de urbanización y a fenómenos espaciales asociados a ellos. El rasgo *serrano* de esta ruralidad lo define el tipo de soporte natural montañoso, de una morfología compleja, que promueve geometrías variables –distintas a las regularidades de otros espacios rurales como la pampa húmeda– con intensidades de ocupación arrítmicas y localizaciones distantes unas de otras, aisladas y, muchas veces, autosuficientes.

En las aproximaciones escalares desarrolladas con anterioridad pueden observarse que el modelo de constelación serrana se refuerza en cada componente territorial, sea traza, poblado, partición o puesto productivo. De su análisis emerge un tipo de configuración a la manera de *ínsula* que es consustancial a una estructura constelar: los *puntos* mantienen

cierto nivel de aislamiento, resultado de la combinación de las condiciones geográficas (vastedad y relieve accidentado) y de las formas de ocupación del territorio (dispersión y grandes distancias entre los elementos). Esta configuración espacial se constituye en sistema gracias a las *líneas* que vinculan a aquellas insularidades y que organizan el espacio del norte traserrano, definiendo la conectividad y las jerarquías entre los elementos.

Si a simple vista la idea de constelación rural explica el tipo de organización territorial, una observación más ajustada pone en evidencia distintos tipos de constelaciones:

- *Constelación en peine.* Estructurada por un corredor que establece las relaciones conectivas externas y que, por lo tanto, actúa como ingreso y egreso del área de estudio. El mismo se desarrolla por sobre cotas más o menos parejas, definiendo la transición entre dos paisajes diferentes: sierra y planicie, o valle accidentado y pampa alta. Por dicho corredor se desplazan la mayoría de los movimientos del área, del cual derivan una serie de trazas hacia los territorios laterales, construyendo una estructura secundaria que da acceso a dominios, puntos poblados y núcleos productivos. Por lo general, dicho entramado secundario tiene mayor desarrollo hacia los territorios más accesibles topográficamente. Las relaciones entre puntos internos son débiles respecto de los vínculos con el corredor principal. El conjunto de trazas define –con otros elementos– la forma de las particiones rurales, localización de núcleos, accesos y sistemas de movimientos que muestran una alta dependencia del corredor principal (Figura 18). En el caso de las planicies fértiles del norte y el sur, son ejemplos los oasis productivos en torno a Cruz del Eje, Bañado de Soto y Paso Viejo, y la Pampa de Pocho, respectivamente.



Figura 18. Constelaciones en peine: izquierda, oasis productivos de Bañado de Soto y Paso Viejo; derecha, Pampa de Pocho (Elaboración propia a partir de Carta topográfica IGM, 1972, 1998).

- *Constelación en malla irregular.* Entramado de conexiones en diversos sentidos, donde las jerarquías de las trazas son homogéneas, aunque puedan estructurarse en torno a un corredor principal, eslabonado por una serie de poblados. Del mismo, parte una serie de conexiones hacia otros asentamientos que se encuentran, a su vez, vinculados entre sí, y desde los cuales se ramifican otras vinculaciones terciarias. Se genera así una especie de red de relaciones múltiples, con una jerarquía pareja de elementos e interdependencias. El carácter irregular del entramado está dado por el relieve accidentado y las variaciones morfológicas, puesto que se trata de un tipo de organización espacial de valles interiores, donde ciertas tramas se desarrollan paralelas a los cordones montañosos, y otras a través de pasos serranos, estableciendo así la necesaria vinculación transversal (Figura 19). Es la situación que presentan los valles de Salsacate, Ciénaga del Coro, Guasapampa y La Argentina.

- *Constelación abierta.* Un conjunto conformado por unos pocos asentamientos, en gran parte aislados entre sí, accesibles desde caminos secundarios, de los que parten otros caminos terciarios o huellas hacia puestos productivos distantes. La escasez y dispersión de componentes y la precariedad conectiva caracterizan este tipo de organización espacial de núcleos aislados e indirectamente vinculados a corredores regionales. El carácter abierto del entramado está dado por las reducidas subdivisiones, es decir, grandes dominios de hacienda con escasos puntos de acceso -la mayor parte de las tazas integran el sistema de movimiento de personas, vehículos y ganado, interno a un dominio-. Dicho entramado puede ser más regular o irregular, según se sitúe en planicies o en las rocosas pampas de altura (Figura 20). Es el caso de la planicie árida del oeste, más allá de las Sierras de Guasapampa y Pocho –en los confines occidentales de la geografía cordobesa– y de porciones de la Pampa de San Luis.



Figuras 19 y 20. A la izquierda, constelación en malla irregular: valles interiores. A la derecha, constelación abierta: planicie oeste (Elaboración propia a partir de Carta topográfica IGM, 1972, 1998).

Como rasgo general, las constelaciones rurales muestran una intensidad de relaciones heterogéneas: más densa en las centralidades territoriales, y más débiles en sus periferias. Así, a medida que nos alejamos de los corredores regionales y nos internamos en el interior de la subregión, la topografía se torna más accidentada y el paisaje natural muestra sus rasgos más extremos. La densidad de los elementos disminuye, la dispersión de las piezas domina el panorama y las distancias entre aquellas se acrecientan. La vinculación entre los asentamientos se debilita puesto que las trazas conectivas se precarizan, empobreciendo de esta manera las relaciones entre los componentes territoriales al interior de las constelaciones rurales, y dificultando en consecuencia la vida humana y sus condiciones de habitabilidad, producción, movilidad e intercambio.

4. Cierre

El presente texto expone, de manera comprimida, partes de una investigación con la que se espera realizar dos tipos de aportes fundamentales. Por un lado, contribuir a la historicidad de la construcción del paisaje del área, a partir del estudio de su cultura material explicativa de un tipo de ruralidad cordobesa y de sus modos de organización. Las lecturas y las escalas permiten identificar, jerarquizar e interpretar los registros de transformación del territorio y sus productos para arribar, así, a una narración ordenadora de hechos y procesos, en episodios hilados para su mayor comprensión y comunicación. Ello implicaría un avance en el conocimiento de este antiguo territorio cordobés para su reposicionamiento en el mapa provincial, a modo de una operación de visibilización que evidencie sus potencialidades y enormes carencias.

Por otro lado, cabe insistir en que los enfoques renovados de la ordenación territorial son pertinentes a su contexto de formulación -vale decir, el medio europeo-, que se caracteriza por un tipo de ruralidad con predominio de uso agrario, intensidad de ocupación y densidad de componentes físicos, que difiere de los rasgos dominantes en los paisajes locales. Incluso entre éstos, existen marcadas diferencias emergentes del tipo de soporte natural y los modos históricos de ocupación. Un ejemplo de ello es el contraste que se evidencia entre el paisaje rural serrano y el de llanura pampeana: en las serranías no se verifica una sistematicidad tal como la que puede deducirse de los modelos de orden pampeanos, signado por una homogeneidad definida por una marcada repetición de patrones. Por el contrario, las serranías muestran una diversidad espacial derivadas de una organización en estratos topográficos que definen distintos tipos de escalas, extensión, líneas de horizonte, clima, acceso al agua, explotación e intensidades de ocupación. Pese a ello, la presencia de "islas humanas" en la vastedad espacial y, precisamente, la gran escala constituyen el denominador común entre estos paisajes, como los de la geografía americana en general. Interesa, entonces, revisar aquellos anclajes y elaborar un enfoque apropiado sobre la base de lecturas ajustadas al contexto local, pero sugerentes de modelos de interpretación que posibiliten su transferencia a ámbitos equivalentes.

En esa línea, el valor que existe detrás de una comprensión menos genérica del territorio se vincula con sus oportunidades futuras. La tipificación de las constelaciones serranas es un primer paso en la identificación de áreas con rasgos internos compartidos, y una invitación a desarrollar criterios de actuación específicos. De esta manera se transforman en *unidades operativas* –en el sentido proyectual del término– ya que sugieren pautas de intervención ajustadas a cada porción de realidad territorial.

Finalmente, de manera indirecta, se pretende también contribuir a la definición de criterios de ordenación del paisaje a partir de la reformulación de abordajes e instrumentos que estén fundados en los recursos culturales del territorio, aportando, desde esa óptica, al impulso del ordenamiento a escala regional, particularmente de aquellos territorios débiles que, por lo general, constituyen espacios regionales en crisis.

Referencias

DÍAZ TERRENO, Fernando. El patrimonio territorial del Norte de Traslasierra, provincia de Córdoba, Argentina. **Revista MW**, FAUD, UNC, Córdoba, n. 9, p. 53-59, junio 2007.

DÍAZ TERRENO, Fernando et al. Los poblados históricos del Norte de Traslasierra. In: FOGLIA, M. Elena; Noemí GOYTIA. **Rehabilitación y desarrollo de Poblados Históricos**. Córdoba: MDU-FAUD-UNC, 1998, p. 115-181.

DÍAZ TERRENO, Fernando. Trazas, mojones y poblados del Norte de Traslasierra. Elementos para la definición de una estructura territorial. **ID-entidades. Territorio, cultura, patrimonio**, Barcelona, n. 2, p. 57-81, 2010.

EIZAGUIRRE, Xavier. El territorio como arquitectura. De la geografía a la arquitectura del territorio. En: _____. **La construcción del territorio disperso**. Barcelona: UPC, 2001, p. 219-227.

FOGLIA, M. Elena. La gestión de los recursos como fundamento de planes de desarrollo de base local: el enfoque regional. **Revista MW**, FAUD, UNC, Córdoba, n. 8, p. 12-16, octubre 2005.

FOGLIA, M. Elena et al. Bases para una historia urbana, provincia de Córdoba, Argentina. **CI [UR] Red de Cuadernos de Investigación Urbanística**. Madrid, n. 37, p. 7-17, 2004.

FOGLIA, M. Elena y GOYTIA, Noemí. **Los poblados históricos del norte cordobés**. Córdoba: Secretaría de Turismo de la Provincia, 1993. 160 p.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, Ricardo. Arqueología del paisaje e historia agraria: algunas cuestiones de método. **Revista de historia medieval**. Valencia, n. 7, p. 223-242, 1996.

OREJAS SACO, Almudena. Arqueología de los paisajes agrarios e historia rural. **Arqueología espacial**. Zaragoza, n. 26, p. 7-19, 2008.

SABATÉ, Joaquín. Elementos para la construcción de un proyecto territorial. En: _____ (coord.). **Patrimonio y proyecto territorial. Colonias, Sèquia de Manresa y Delta del Llobregat**. Barcelona: Diputació de Barcelona, 2004, p. 115-126.

SABATÉ, Joaquín y CCRS Arquitectos. **Plan Insular de Ordenación del Territorio (PIOT). Avance**. Tenerife: Excelentísimo Cabildo Insular de Tenerife, 1994. 188 p.

SABATÉ, Joaquín y SCHUSTER, J. Mark. (edits.). **Projectant l'eix del Llobregat. Paisatge cultural i desenvolupament regional**. Barcelona: MIT-UPC, 2001. 200 p.

SABATÉ, Joaquín. De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje. **ID-entidades. Territorio, cultura, patrimonio**, Barcelona, n. 1, p. 15-33, 2005.

SABATÉ, Joaquín. Paisajes culturales y proyecto territorial. En: NOGUÉ, Joan (ed.). **El paisaje en la cultura contemporánea**. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008. P. 249-273.

SABATÉ, Joaquín. **De la cartografía urbana al proyecto territorial**. Buenos Aires: Café de las ciudades, n. 93, 2010. Disponible en: <<http://www.cafedelasciudades.com.ar>>. Acceso en: 23 sep., 2010.